

Rusia al filo del milenio: el imperio está muerto, ¿Viva el imperio?

Yuri Afanasiev

EL SIGLO DEL COMUNISMO

Para el mundo bipolar que conoció la humanidad durante el siglo xx, el *modus vivendi* consistía en luchar por el poderío mundial. Este estado de cosas terminó con la derrota del comunismo histórico, marcada por la caída del Muro de Berlín. La “guerra fría” culminó con el fracaso de los regímenes comunistas y la desintegración de la Unión Soviética como telón de fondo; por eso intentaremos, una y otra vez, valorar el papel que jugó el comunismo en este siglo, y cómo lo entendemos.

Debemos partir de que existe una interrelación objetiva entre la historia del siglo que acaba y la historia del comunismo. Y todavía puede proponerse una tesis más exacta: el siglo xx transcurrió bajo el signo de Rusia. A primera vista, tal afirmación contradice otra concepción del siglo veinte bastante fundamentada, que lo considera un “siglo americano”. Creo que estas afirmaciones no se contradicen, por el contrario, se complementan: este siglo finalizó bajo el signo de Rusia pero también bajo la dominación de los Estados Unidos.

“Bajo el signo de Rusia” significa en primer lugar la aparición, auge y caída del comunismo histórico, al cual no sólo están vinculados todos los factores de la historia moderna, sino que se encuentran condicionados por éste, a la vez que explican el fenómeno de su *longue durée*.

Traducción del ruso: José Manuel Prieto.



ANGELINA BELOFF. INTERIOR CON SAMOVAR Y DOS SILLAS

La Revolución de Octubre de 1917 convirtió a Rusia en la patria del socialismo como sistema estatal, sistema que lanzó un reto a todo el mundo capitalista y prometió a la humanidad un futuro diferente. Esa misma revolución transfiguró al mesianismo religioso imperial ruso, que hasta ese momento había existido bajo el lema “Moscú es la Tercera Roma”, convirtiéndolo en expansionismo socialista bajo el lema del “internacionalismo proletario”. Tras vencer a la Alemania fascista en la Segunda Guerra Mundial, la URSS alcanzó el apogeo de su gloria y fuerza de atracción para millones de personas en todo el mundo. La sangre derramada, las víctimas ofrendadas y la victoria de Rusia parecían poner a la historia de su lado. Muchos llegaron a ver en la URSS el futuro de la humanidad. En cuanto a los costos de la construcción del comunismo: represiones, campos de concentración, etcétera, de lo que ya se hablaba, bien se podía decir: “es imposible freír un huevo sin romper la cáscara”. Más de cincuenta guerras locales completaban el cuadro de una guerra a escala planetaria: contiendas regionales y conflictos armados en los que participaba la Unión Soviética, pérdidas entre la población mundial ascendentes a decenas de millones, la amenaza real de una guerra nuclear (así como bacteriológica y química).

mica). En el plano cultural, el comunismo histórico significó el aislamiento intelectual de varias generaciones confinadas en los ex países socialistas, la prevalencia de la “imagen del enemigo” en la conciencia de muchos, y que a escala planetaria triunfara la ideología integrista.

Pero bajo el “signo de Rusia” no sólo cabe el “breve siglo xx” (1914-1991); también aloja mucho de lo que antecedió el comienzo de éste: las aventuras imperiales de Rusia en el Lejano Oriente y en los Balcanes, sus pretensiones sobre los estrechos, su papel en el desencadenamiento de la Primera Guerra Mundial. No hablo de la posición que entonces ocupaban otras grandes potencias; es éste un tema aparte. Me parece más importante subrayar las ambiciones de Rusia, su tendencia a conseguir un dominio europeo y luego mundial, como una constante en el transcurso de todo el siglo xx.

LOS HEREDEROS DE LA HORDA

Tras la desintegración de la Unión Soviética y la caída del comunismo, la sensación de que la humanidad vive “bajo el signo de Rusia” ha disminuido, pero no del todo. Hoy tal sensación se justifica más que nada porque el aporte de Rusia es significativo si queremos representarnos lo que vendrá: el comienzo del tercer milenio, incierto y alarmante. Y lo que es más: precisamente Rusia y sus más cercanos vecinos, las repúblicas de la ex URSS, se han convertido en la principal amenaza para el resto del mundo.

La causa no sólo radica en la acumulación de vastísimos arsenales de exterminación masiva, que con frecuencia permanecen en vetustos almacenes mal custodiados. No es sólo el mal estado de muchas industrias y vías de comunicación, cuyos desperfectos podrían tener consecuencias catastróficas. La principal amenaza parte de la explosiva estructura social que se está formando en la Rusia moderna.

Nuestro tipo de sociedad no tiene análogos en el mundo moderno. Las definiciones al uso: “de tránsito”, “poscomunista”, “seudodemocrático”, “capitalismo salvaje”, etcétera, no descubren su verdadera esencia ni muestran el peligro que representamos para los demás. Incluso “criminal”, una definición que parecería más exacta, no es lo suficiente amplia ni adecuada. No puede redu-

cirse todo a la criminalidad, y ésta, a pesar de su escala y la profundidad con que ha penetrado todos los poros de la sociedad constituye —por su propia naturaleza— una magnitud de segundo orden, derivada.

La explosividad tiene sus raíces en aquellos lejanos tiempos cuando en el vasto espacio euroasiático se conformó el arquetipo de nuestra sociedad, en la que se dio una relación muy particular entre poder y propiedad. Estas relaciones, si las intentáramos reducir a su más breve forma, constituyeron una síntesis ruso-mongola, cuyos componentes fueron los siguientes:

a) el antiguo sistema ruso de principados feudales, que consistía en un conjunto de propiedades familiares, en el cual el poder supremo disponía de todo el territorio bajo su jurisdicción y de todo lo que se encontraba en él;

b) el sistema militar administrativo, que se conformó hacia el siglo xv bajo la dominación mongola, en la que todo, tanto el poder como la propiedad, se concentraba en un solo punto: las manos del líder supremo; mientras que cualquier propietario recibía sólo una parte del poder perteneciente al clan familiar del *khan* mongol, pero no en posesión absoluta, sino en dependencia de su cargo y para uso temporal.

Esta simbiosis entre poder y propiedad, la circunstancia de que la Rusia del Noreste quedó no sólo bajo la ocupación mongola, sino incluida en el sistema estatal de la Horda, jugó un papel primordial. “La liberación del yugo tártaro mongol” transcurrió de un modo muy peculiar: no logró eliminar el sistema de gobierno de la Horda, que no fue superado sino heredado.

Tan sólo en 1756, cuando se proclamó el “Manifiesto sobre la libertad de los nobles”, Rusia daría su primer paso hacia una sociedad civil. Y fue éste un paso, hay que decirlo otra vez, a la rusa, único. La nobleza fue liberada del servicio y se le dio la oportunidad de convertirse paulatinamente en un estamento civil. ¿Pero cómo? Las relaciones tradicionales del poder y la propiedad permanecieron, en esencia, invariables: la autonomía de la nobleza con relación al Estado se alcanzaba convirtiendo en propiedad privada la tierra... y los campesinos que la habitaban. La libertad de unos era pagada con la esclavitud de otros, pero tanto los unos como los otros resultaron unidos por el yugo del colectivismo. La mayoría de los campesinos continuaron viviendo en las comunas, sin conocer la propiedad privada. En la estructura conservadora de la co-

muna no podían nacer ideas de derecho; al campesino ni se le ocurría que la tierra podía pertenecer no a la “sociedad”, sino a un particular. Las relaciones del poder superior y las comunas campesinas conservaron sin cambio alguno este elemento tradicionalista de la unión del poder y la propiedad: durante siglos los campesinos creían sinceramente que el zar era el propietario superior de la tierra, capaz de repartirla con justicia. El poder estatal, por su parte, estructuró la sociedad “para el servicio”, lo que significaba que en ella no podían formarse relaciones “horizontales”, no podía surgir ningún corporativismo capaz de defender a los diferentes estamentos de los desmanes del monarca.

En otras palabras, en toda la historia de Rusia no existió un poder político cuya existencia fuera determinada por una compleja interacción con la sociedad, poseedora de una identidad propia, un poder no supeditado al servicio. El carácter administrativo militar del poder se encarnó en tales categorías de la cultura rusa como “Dios y esclavo de Dios”, “Soberano y siervo”. En ello hay que buscar las profundas raíces de la singularidad rusa y de su inestabilidad.

A diferencia de Rusia, en Europa occidental, y ya desde antes de los tiempos modernos, aparte de los vínculos personales existían amplias relaciones de propiedad. Las relaciones que se acordaban entre el señor y el vasallo dieron vida al instituto del vasallaje. Estas relaciones no pactadas sino basadas en la fuerza crearon una pirámide de poder con una subordinación vertical. Si en Occidente la jerarquía política se basaba en la jerarquía de poder, en Rusia el carácter monolítico del poder y la propiedad provocaron que éste se afianzara no como una categoría administrativa-política sino como administrativa-militar, mientras que la sociedad no era una categoría social sino una masa amorfa, desestructurada.

LA CONGELACIÓN PERPETUA

Con relación a la antigua genealogía de muchos conflictos modernos podemos decir que no constituyen un privilegio de Rusia. A lo profundo de los siglos descenden las raíces de muchos de los actuales problemas, incluidas, por ejemplo, las causas del desigual desarrollo tecnológico en las distintas regiones del continente europeo. Cuando en Europa entre los siglos XVI y XVII el capita-

lismo se afianzó finalmente, la principal lucha se dio entre los feudales y los campesinos. Allí donde vencieron los feudales (Europa del Este) se dio una “segunda edición del régimen de servidumbre”, y un desarrollo mínimo del capitalismo (a partir del siglo xvii); el triunfo del campesino y la corona sobre los señores feudales (Francia) trajo consigo la victoria del absolutismo en su forma clásica, que también frenó sustancialmente el capitalismo. Y sólo allí donde la lucha culminó con un empate (Inglaterra), el capitalismo arrancó de manera “normal”.

El atraso tecnológico de la Europa continental (con relación a los Estados Unidos), al fin y al cabo, se convirtió en la causa de un problema muy actual y de carácter paneuropeo como Kosovo, que los europeos no pudieran resolverlo por su cuenta, es decir, recurriendo a sus propias fuerzas. No contaban con los medios modernos de comunicación satelital, los medios de transporte necesarios y una fuerza militar que correspondiera a la decisión tomada. De modo que éste, un problema europeo, debió resolverse, en gran medida, con las fuerzas de los Estados Unidos.

Es evidente que muchos fenómenos de capital importancia enraizados profundamente en el lejano pasado aparecen en nuestro siglo xx como confrontaciones, entre diferentes tipos de colectivismo (comunismo, fascismo) por una parte, y por otra entre el individualismo y liberalismo. Social y políticamente esto encontró su expresión en la forma como a muchas sociedades se les impuso por la fuerza “los intereses de la mayoría”, integrada por masas semicampesinas y semiburguesas. Presentada por los líderes políticos como un “elemento tradicional de equilibrio social”, en realidad estas masas se convirtieron en caldo de cultivo y la base social del totalitarismo en todas sus formas y manifestaciones, incluyendo el comunismo histórico. Al hablar de la entreguerra, en su libro *Camino a la esclavitud*, F. A. Jayek escribió: “No es el espíritu prusiano lo que emparenta a Alemania, Italia y Rusia, sino precisamente la comunión de puntos de vistas socialistas, porque el nacional socialismo no surgió entre las clases privilegiadas, embebidas de tradiciones prusianas, sino de lo profundo de las masas populares”.

Durante la posguerra, en Europa occidental, mucho cambió a favor de un afianzamiento final de los valores liberales y la predominancia de los intereses indi-

viduales sobre los colectivos. Un enorme aporte en la reconstrucción de Europa y su resurgimiento con base en valores liberales, pertenece a los Estados Unidos.

Rusia, en cambio, siguió otros rumbos. Como consecuencia del carácter indivisible del poder y de la propiedad, las tendencias colectivas se afianzaron aquí durante siglos, a pesar de los numerosos esfuerzos que se remontan a la época de Pedro I, para reformar el país, con vistas a introducir ciertas conductas occidentales. La orientación cultural y mental de las capas altas de la sociedad rusa hacia Occidente, durante los siglos XVII y XIX, contribuyó a que se llevaran a cabo reformas de gran magnitud: la organización de la educación laica, la eliminación del régimen de servidumbre para ciertas capas sociales, la formación de la administración por *zemstvos*, el desarrollo de la industria. También se llevaron a cabo intentos de afianzar la propiedad privada sobre la tierra. Sin embargo, no se logró derretir del todo la *base glacial de la inmovilidad rusa*. La oposición a cualquier intento de terminar con la congelación fue siempre tan inmensa, que hasta éxitos, al parecer evidentes, que habían logrado superarla, resultaban al final una demostración aún más clara, a veces hasta paradójica, de su permanencia; por ejemplo, después de la Revolución de Octubre, durante la privatizaciones, o recientemente bajo el mandato de Yeltsin.

La Revolución de Octubre parecía una muy radical ruptura con el pasado. “Derribaremos hasta su base todo el mundo de violencia, y luego...” Muchos querían esto. Era lo que se cantaba. Muchos percibían así los acontecimientos de los que eran testigos. ¿Pero qué ocurría en realidad? Esta revolución, en esencia, resultó ser la reacción negativa de toda la masa campesina ante aquellos cambios positivos en la sociedad rusa que habían comenzado a principios del siglo XX: desarrollo capitalista con el subsecuente afianzamiento de la propiedad privada y el individualismo. Toda aquella masa quería volver al pasado, es decir, en apariencia saltó al futuro, apoyó a los bolcheviques que entonaban aquellos cantos de bienestar general. A la Rusia campesina le eran cercanas y comprensibles aquellas bellas reflexiones sobre que la tierra no era de nadie, que se le debía quitar a los terratenientes y a los *kulaks* para dársela a quien la trabaja; que las fábricas debían pertenecer a los obreros; que todos los pueblos y naciones tenían derecho a la libertad y a la autodeterminación. En otras palabras, entendían el bienestar general como un objetivo para todos, y la lucha

contra el enemigo, interno y externo, como el medio para lograrlo. Después de que la colectivización y la industrialización fueron llevadas a cabo, de que se unió a toda la intelectualidad en las así llamadas Uniones Creativas, y de que se elaboró una sola ideología, una sola moral y una sola fe para todos, parecía que aquel objetivo único se había alcanzado. La estatización afectó a todo, no quedó nada que permitiera la existencia y la aparición de la voluntad individual. En realidad, fue éste un triunfo del colectivismo real, llevado hasta su fin lógico, y constituyó la otra cara de la moneda del totalitarismo que por mucho tiempo se afianzó en el enorme territorio de la ex URSS, y luego allende sus fronteras.

De este modo, el socialismo soviético, aunque exteriormente era visto como la encarnación de un modernismo radical, una demostrativa ruptura con el pasado, en la práctica resultó un *potente refrigerador que conservó el tradicionalismo ruso*.

“VOLANDO DE LA SOMBRA A LA LUZ...”

A comienzos de los años noventa se volvió a emprender un intento de transformar Rusia, de introducir en ella los valores liberales universales en los que se basan la civilización occidental. Y otra vez, como un obstáculo insuperable, surge ese mismo colectivismo, y nuevamente somos testigos de su paradójica transformación.

Oficialmente han sido declarados como objetivos indiscutibles: el liberalismo, la desestatización, la privatización, el Estado de derecho, la soberanía del individuo. Y los avances en esta dirección alcanzados en los últimos diez años, avances que parecían visibles, *hoy, en todos los casos, parecen tener un signo negativo*.

Toda vez que para comienzos de los noventa en Rusia no había particulares, el gobierno, de golpe, decidió convertir a todos sus ciudadanos en propietarios. Para lo cual se llevó a cabo la privatización por *vauchers*. Toda la propiedad de Rusia fue valorada —cómo y por quién, nadie lo sabe hasta el día de hoy— en mil millones y medio de rublos, o, si se tiene en cuenta la denominación posterior, en sesenta millones de dólares según el curso actual. Cada ciudadano de Rusia recibió un vaucher valorado en 10 mil rublos y encima, la cínica-

ca declaración de Chubais de que pronto el valor del *vaucher* alcanzaría el valor de dos automóviles Volga (unos 10 mil dólares como mínimo).

Como se sabe, nada parecido ocurrió; la privatización mediante *vauchers* resultó ser otro engaño total. Su sentido era imitar el comienzo de un mercado de fondos, pero aparte de las consecuencias moralmente negativas en grado superlativo, no tuvo mayor alcance.

Luego ocurrió la privatización en sí: para los elegidos se celebraron subastas, con la participación intelectual y financiera de Occidente, y casi en primer lugar, de los Estados Unidos. Esta segunda etapa tuvo serias consecuencias de índole financiera, de derecho, ilegales, internacionales y otras; durante su realización se elaboraron las reglas, los mecanismos y la tecnología del sistema bancario de Rusia; los vínculos financieros, administrativos, de los órganos estatales y las organizaciones con sus socios extranjeros; la apropiación del presupuesto por particulares; el “lavado de dinero”, su transferencia a Occidente, y mucho más.

El esquema de estas subastas era sencillo y horrible: a la vez el Estado transfería dinero a los bancos privados, donde al momento dejaba de ser estatal y, ya en su nueva calidad, como capital privado, era otra vez entregado al Estado, pero ahora, a cambio de las empresas hipotecadas: Norilski Nikel, Uralmash, Sibneft, etcétera. En un abrir y cerrar de ojos, los nuevos banqueros, ayer líderes del Komsomol y activistas de masas, se convirtieron en oligarcas multimillonarios; las grandes empresas estatales, en propiedad privada; el capital productivo, en capital parásito.

Cualquier propietario real de las acciones, oculto tras las espaldas de un propietario nominal, podía vender y revender acciones y empresas cuantas veces quisiera, amasando fabulosas sumas con cada operación. Por ejemplo, por la compañía petrolera Sidanko, el banco Oneksibank pagó 210 millones de dólares (;y nótese que toda la propiedad rusa había sido valorada en la primera etapa de la privatización tan sólo en 60 millones!) y vendió 10 por ciento de las acciones a British Petroleum por 570 millones de dólares. Esta última compañía, después de que crecieron las acciones de Sidanko, multiplicó sus ganancias, gracias a estas acciones, a 3 mil millones de dólares. Son innumerables los casos semejantes. ¿Vale la pena asombrarse y levantar revuelo por unos insig-

nificantes 15 o 20 mil millones de dólares que se “lavaban” en el Bank of New York?

Para comprender la base y el grado de corrupción de Rusia es clave entender el mecanismo que permite la mezcla de lo estatal con lo privado. Este fenómeno fue posible por aquella indivisibilidad del poder y la propiedad de que he hablado arriba. (Una nueva *matrioshka* rusa: desgracias escondidas en la privatización, que a su vez se esconde en esa no división del poder.) Y en esta ocasión surgió una forma que corresponde a nuestro tiempo. Chubais, como primer viceministro del gobierno, firma una petición de ayuda extranjera para llevar a cabo la privatización. La ayuda otorgada, digamos, por los Estados Unidos es recibida por Chubais o por sus agentes pero ahora con firmas particulares —fundadas *ex profeso*— tales como el Centro Ruso para la Privatización o el Instituto de la Economía Legal, etcétera. La ayuda extranjera es dirigida a estas firmas privadas y se registra como créditos a los órganos federales de gobierno que deben pagar los ciudadanos de Rusia, ignorantes de lo ocurrido, y no aquellos que reciben esta ayuda financiera.

Al lejano pasado de Rusia se remonta el singular instituto socioeconómico de la “mordida”:¹ los funcionarios viven no de su sueldo, sino de las ganancias que amasan de manera ilegal, es decir, se alimentan de sus cargos como pueden. No es el capital lo que actúa en calidad de propiedad sino la función, el sillón que se ocupa. “La mordida” alcanzó su apogeo durante la época soviética, cuando el grado de poder comenzó a calcularse directamente en función de qué tan cerca se hallaba alguien de la fuente de bienes, la cual crecía de año en año: tiendas, “distribuidores” especiales de artículos industriales y de comida, *dachas*, policlínicos, sastrerías, apartamentos, transporte, sanatorios, etcétera. En los tiempos soviéticos, tiempos en que no existía el mercado, este sistema sólo desconocía una cosa por innecesaria: la circulación oficial del dinero más allá del sueldo establecido. Pero ya entonces gracias a los sobornos, al robo, a la alteración de los reportes, etcétera, el dinero comenzó a penetrar también la esfera, en expansión, de las relaciones “a la sombra”.

¹ El término ruso utilizado, *kormlenie*, significa alimentación, es decir, que los funcionarios se alimentan de su puesto. He utilizado el término común en México para designar un fenómeno semejante. [Nota del traductor]

Todo cambió con el paso a la economía de mercado. Es decir, aquella tendencia secular de vivir a costa del Estado, gracias a él y con su dinero, se conservó entre los funcionarios (y no sólo entre ellos), pero cambiaron el volumen y la estructura de las necesidades. Ahora quisieron poseer bienes inmuebles en el extranjero, comenzaron a pensar en garantizar no sólo su vejez sino también la de sus hijos y nietos. Y disminuyó sustancialmente la distancia existente desde los tiempos soviéticos entre el derecho común, que debía seguir la mayoría, y la norma jurídica, la cual siempre lograban eludir. Como resultado, todo lo que había existido “a la sombra”, salió a la luz del día. La corrupción no surgió en la era postsoviética, sólo se mostró, pero además, cambió su escala y carácter, toda vez que a la “mordida” medieval por especie, se sumó la “mordida” capitalista por dinero.

UNA TRINIDAD NO SANTA

En los años noventa, el gobierno ruso, la propiedad y el capital se unieron. Podría pensarse que debido a esto se fortalecerían mutuamente los componentes de esta triada. Sin embargo, actualmente ocurre todo lo contrario, ya que esta unión se llevó a cabo de manera muy singular.

En primer lugar, se dio a espaldas de la sociedad. La sociedad rusa volvió a ser dejada a sus expensas, pero en tal circunstancia, al no existir el gobierno, siempre fue, y sigue siendo, particularmente explosiva. La sociedad continuó desestructurada, amorfa. Sus principales elementos socioculturales resultaron desestabilizados: tanto los obreros de las ciudades con sus bajos salarios como los empleados, y los campesinos, que viven por lo general de sus huertos y de lo que roban en los *koljoces*. Para decirlo de una vez, el grueso de la población rusa no constituye una sociedad civil, sino una masa muy homogénea, no sólo en cuanto a los bajos salarios, sino porque no persigue grandes objetivos; es poco ambiciosa. Lo que más quiere la mayoría de las personas es orden y verdad; una verdad en la medida de su comprensión: una especie de justicia igualitaria, aunque sea al nivel de la mendicidad, y un odio mezclado con envidia contra quien logre salirse de esa mendicidad. El orden es lo que permite conseguir tal ambición: un poder fuerte y una “mano fuerte”, que castiga a aquellos que no

viven “como nosotros”. En este sentido, la Rusia profunda sigue siendo de “izquierda”, pro comunista; las costumbres liberales no la han alcanzado, y el mercado, no sustentado con normas legales, sólo ha añadido caos a la economía y a la conciencia social. Como resultado ha aumentado la disposición a la protesta de toda esta masa y su disposición a arrebatar y dividir la propiedad, que ellos siguen sin poseer. Lo ocurrido recientemente en los más disímiles puntos de Rusia es prueba de que no puede hablarse aún de una irreversibilidad de las reformas. Véase lo ocurrido en el combinado de celulosa de Viborg, en Achinsk provincia de Krasnoyarsk; en los *sovjos* de la provincia de Volgogrado: en todos estos lugares se ha intentado expropiar la propiedad privada. El instinto de manada de esta masa, su —en esencia— sentido animal de autoconservación, la obliga a tomar por asalto, literalmente a atacar con hachas y horquillas, la propiedad ajena. Y en todos los casos, siempre se encuentran fuerzas políticas dispuestas a apoyar los más bajos instintos de la turba. Tal pareciera que hemos olvidado por completo que fue precisamente éste el comienzo de todos los sangrientos disturbios rusos (que a veces los han llamado revolución), los cuales, al fin y al cabo, excluyeron a Rusia del número de países normales en este siglo xx.

En lo que concierne al poder y al capital, hay pocas bases para un optimismo incluso moderado, toda vez que su unión ocurrió a espaldas de la sociedad. No son los intereses sociales los que yacen en la base de esta unión sino los de un clan: intereses corporativos. El carácter y contenido de estos intereses dependen completamente de los métodos de allegarse, dominar y repartir la propiedad. Estos métodos no fueron regulados legalmente de manera centralizada por la ley, sino por decisiones administrativas, por la arbitrariedad de los funcionarios y la gestión cotidiana. La ilegalidad se convirtió en el principal vínculo de esta unión.

Así, en estricta correspondencia con esta lógica es que se obtuvo el actual resultado negativo de las reformas yeltsinianas. En lugar de una desestatización y una privatización de la economía, afianzada en la propiedad privada, la libre competencia de capitales y un mercado civilizado, el resultado fue la aparición de una nueva nomenclatura: el capital fue estatizado y el Estado privatizado. Obtuvimos un capitalismo de la nomenclatura, en el que el funcio-

nario se ha convertido en el principal comerciante, que compite con los otros recurriendo a los mecanismos del gobierno, y a la vez se ha convertido en el principal político, que obtiene su influencia con ayuda de los mismos mecanismos gubernamentales. En su forma clásica, este modelo se encarnó en Moscú, pero el fenómeno en sí es típico para toda Rusia y se afianzó prácticamente en todo el país.

De manera más visible la estatización del poder se dio durante la epopeya que concentró en la administración presidencial los principales flujos financieros del país. Los principales acontecimientos de este proceso fueron las operaciones para hacerse con las acciones de gigantes monopólicos tales como Gazprom, Rosvooruzhenie, la RAOEES, y otras empresas. Particularmente dramático, por el grado de las pasiones y por el modo poco ceremonioso con el que fue tomada —con ayuda de la policía, sin la aprobación y en ausencia del jefe de gobierno—, fue el reciente traspaso de la compañía Transneft a la administración del presidente. También regresó a control estatal otra compañía, una de las primeras en ser privatizada, la gigante Kamaz. Aumenta también la posición del Estado en la compañía Sviazinvest, y así por doquier. Esta nacionalización *de facto* de las mayores compañías podría ser considerada como una reacción furiosa del actual gobierno ante el injustificado radicalismo y la prisa de la privatización emprendida por Chubais, si la acciones de la administración presidencial y del gobierno hubieran sido motivadas por esto. Toda vez que no existe tal motivación, uno puede ver en estas medidas cualquier cosa, menos la persecución de intereses sociales, y más bien presenciamos la tendencia de las agrupaciones más influyentes a garantizarle una base financiera a sus partidos que les asegure el triunfo en las próximas elecciones.

El registro de los bloques electorales demuestra que no estamos ante el tipo de confrontación partidista-política característica de las sociedades estructuradas, sino ante la agrupación, bajo lemas de campaña, de la nomenclatura del país. Las listas de candidatos que han presentado los bloques y movimientos demuestran fehacientemente el empeño de quienes detentan el poder, de no perderlo. Todos los principales bloques: Patria, Toda Rusia, Unidad, Nuestra Casa es Rusia y los demás, no son en realidad grupos sociopolíticos ni parlamentarios. No poseen ideología partidista alguna, no han desarrollado progra-

mas políticos. Más semejan compañías accionistas que por el momento poseen únicamente cuotas corporativas en forma de ciudades y provincias, y que desean poseer el paquete controlador de las acciones de toda Rusia. Entre los bloques y movimientos se desarrolla una aguda lucha que va acompañada de sonados escándalos, publicación de material comprometedor, encargo de asesinatos políticos. Es decir, todo aquello característico de la lucha *prepolítica*, que las relaciones entre clanes y mafias definen.

Todos ellos luchan por conservar y elevar su estatus, no por resolver problemas reales. Hoy se combate en Chechenia; otra vez más de 200 mil personas han dejado sus casas; se desarrolla una lucha de clases en toda su fuerza; el país no recibe dinero para pagar sus deudas; Estados Unidos, prácticamente, ha decidido aislar a Rusia en la arena internacional, y en Europa se debate si hacerlo o no. Y mientras tanto, nuestra élite gubernamental sólo se ocupa de sí misma, y de sus propias preocupaciones: repartirse la propiedad, acumular material comprometedor, autopropagandizarse, impulsar una guerra de preferencia victoriosa, y por supuesto, presentar a Occidente como a un enemigo poderoso. En una palabra, hacen todo lo posible para a que la población no le quede duda alguna de que en Rusia, en realidad, ya no existe poder alguno.

Así, ni *propiedad*, puesto que es atacada —y con visibles resultados— tanto desde arriba como desde abajo, ni tampoco *poder*, porque todo él está inmerso en rencillas mafiosas, *ni mercado sin capitales* toda vez que florece el trueque y las relaciones a “la sombra”; el presupuesto estatal de un año es igual al americano para tres semanas, y el dinero restante “trabaja” en el extranjero. La economía rusa, en su totalidad, está al nivel de Indonesia, Malasia, Tailandia y Brasil. Y esto también es el resultado general de la reformas de Yeltsin.

Lógicamente, tal situación es un problema interno nuestro. Tanto el poder como la sociedad tienen su responsabilidad en ello: el gobierno, porque se sobrecargó de tareas encaminadas a enriquecerse y autoconservarse, y a causa de esto no sólo logró apartarse de la sociedad, sino que actúa en confrontación con ella (un caso poco frecuente en la historia mundial, particularmente en un país tan inmenso como Rusia); la sociedad, porque tiene y soporta tal gobierno. Menos que ninguna otra, la sociedad rusa, puede ser considerada “víctima del régimen”. Tal calificativo no era válido cuando Lenin accedió al poder, porque

el bolchevismo tenía entonces profundas raíces populares, ni durante los tiempos de las represiones estalinianas, porque la mayoría de las personas eran entonces víctimas y verdugos al mismo tiempo. Y ahora porque la mayoría no es sólo víctima del capitalismo de la nomenclatura, sino cómplice.

REVANCHISTAS

No obstante, al hablar del resultado negativo de las reformas “a la Yeltsin”, hay que mencionar la participación de los países occidentales, en primer lugar Estados Unidos. Esto se ha manifestado, por ejemplo, en que “el amigo Boris”, incluso cuando ya no existían fundamentos para ello, siempre era visto como la única garantía del carácter irreversible de las reformas democráticas en Rusia. También se manifestó en la manera como cerraron los ojos ante lo que ocurría en Chechenia, ante las ingerencias del gobierno ruso en Abjasia y en otros territorios de la ex URSS, ante la impunidad que gozaban los asesinatos políticos, ante las enormes maquinaciones financieras y otros crímenes. Asimismo, comparte responsabilidad en haber ayudado, moral y financieramente en la privatización “a lo Chubais”; la formación de la plutocracia rusa; la aparición del capital parásito, y la creación de los métodos y la tecnología que permitió la fuga de capitales al extranjero (con la participación de funcionarios occidentales, de sus círculos de negocios, de sus bancos y de ciertos hombres de negocios).

Con razón habla el refrán de la paja, capaz de partirle la jiba al camello. Para muchos ciudadanos de Rusia no bastaron las explosiones en el mercado de Grozny para comprender que no era el terrorismo checheno, sino la conquista de Chechenia el principal objetivo de la tercera guerra de Rusia en el Cáucaso Norte. Para muchos en Occidente fue necesario el escándalo con el *Bank of New York*, para comprender que lo que ocurría en Rusia no encajaba en el concepto “transformaciones democráticas”.

Si a todo esto le sumamos los innumerables testimonios de los últimos años sobre la deplorable actuación del gobierno ruso en el terreno internacional, sobre el renacimiento en el más alto nivel del Estado de la ideología totalitaria imperial, podemos conformarnos una idea más exacta del peligro que representa Rusia.

En septiembre de este año, el MINREX de Rusia publicó un “Comunicado de prensa” en el cual se afirmaba que lo dicho por el gobierno de Varsovia sobre “la agresión de la ex URSS contra Polonia el 17 de septiembre de 1939, no se basa en ninguno de los documentos legales internacionales”. En julio de 1999, el Tribunal Constitucional de Rusia resolvió no devolver a Alemania los valores sacados de ella durante la guerra, y basó su resolución en que los países que la desataron —Alemania, Italia, Rumania, Bulgaria y Finlandia—, no tienen derecho a exigir que les sean devueltos sus bienes culturales expoliados. En ambos documentos, como en una gota de agua, se refleja toda la falsedad de la Rusia oficial, la manera en que es capaz de seguir violando las leyes internacionales. La Segunda Guerra Mundial comenzó en septiembre de 1939 con un ataque coordinado de la URSS y Alemania a Polonia, y este no fue el único caso de agresión por parte de la URSS. Ese mismo año, Finlandia fue víctima de otra agresión; en 1940 les llegó el turno a Rumania, a Letonia, Lituania y Estonia. La declaración del MINREX y la resolución del Tribunal Constitucional de Rusia no sólo legalizan la falsa versión estaliniana de nuestra historia, sino que sientan las bases jurídicas para una futura estrategia político-ideológica de Rusia.

En cuanto a cuál sería la dirección del principal golpe de tal estrategia, también en esto los políticos rusos son abiertamente francos. El principal objetivo de la nueva doctrina militar rusa es contrarrestar la tendencia de los Estados Unidos, apoyada en su fuerza, a establecer un mundo unipolar. En los “Principales fundamentales de la doctrina militar”, de 1993, se destacaba que “Rusia no considera a ninguno de los Estados existentes como a su enemigo”. Ahora “el nuevo y viejo” enemigo ha sido ya determinado. Igual que en los viejos tiempos soviéticos.

Que Rusia permanece tan soviética e imperial como antes, puede verse en esto: como único medio para la seguridad nacional sigue concibiéndose expandir los mecanismos de influencia en el extranjero cercano y el lejano.² De ahí proviene el “niet” ruso al avance hacia el oeste de la OTAN, de ahí la lucha por la influencia —en Yugoslavia más que nada— en los Balcanes, y las siempre singu-

² El “extranjero cercano” (*blizhnee zarubiezhie*) son los países de la ex URSS. “Extranjero lejano” (*dal'noe zarubiezhie*), el resto del mundo.

lares posiciones de Rusia en el Cercano Oriente. Los intentos por expandir estos mecanismos de influencia, que no cuentan con ningún apoyo ni económico, ni financiero, y sin capacidad militar real que lo respalde, se transforman en sólo gestos y descabelladas actuaciones del gobierno, humillantes para Rusia. Recordemos al menos la marcha forzada, de matices operísticos, y muy peligrosa en su esencia, hacia el aeropuerto de Pristina, o el apoyo a Milosevic, o bien, un acto sin precedente: la firma de Rusia en la declaración final del encuentro en Bizhkek que estipula que la violación de los derechos humanos es un asunto interno de cada Estado... Y todo para demostrarle a Occidente que ahora China nos resulta más atractiva en política internacional. El sello distintivo de la artesanía del Kremlin se ha convertido en apoyo a los más peligrosos regímenes mundiales, todo con el fin de ganar mayor peso a la hora de presionar a Occidente.

Cuando el ex primer ministro Evguenni Primakov propone crear un eje “Moscú-Pekín-Delhi”, y el presidente Boris Yeltsin declara: “estoy listo para pelear con cualquiera, particularmente con los occidentales”, el mundo tiembla y se pregunta si los principales dirigentes de Rusia viven un mundo irreal. Pero cuando en la sesión de la comisión gubernamental para la política militar industrial correspondiente al año 2000, el 6 de octubre pasado, se anuncia el aumento en una y media vez en el pedido para armamentos, con relación al presupuesto presentado antes; cuando la Duma en su primera lectura aprueba el 26 de octubre un presupuesto que supone un aumento de los impuestos, pero que no considera llevar a cabo reformas claves en la economía, no quedan ya preguntas: somos testigos de un cambio del curso y el paso a una economía movilizada.

LA RUSIA MODERNA SIGUE SIENDO UN PAÍS NO MODERNO

A comienzos del siglo XXI, como a comienzos del siglo pasado, Rusia vuelve a estar en una encrucijada. ¿Es posible atisbar su futuro? ¿Definir, aunque sea en sus líneas más generales, la probable dirección de su avance en diez o quince años? En caso de que la respuesta fuera positiva, ¿qué sería necesario saber y conocer para esto? Y lo más importante, cuáles deben ser los motivos, las perspectivas vitales de la persona o personas que emprendan tal tentativa?

En los últimos tiempos se han intentado esbozar distintos escenarios para Rusia. Algunos son bastantes serios. Uno de estos trabajos, “Rusia: 2015. Retos, amenazas, escenarios de desarrollo”, fue publicado y se discutió en una conferencia de cierta importancia, el 7 de noviembre de 1999. En él se analizaban tres posibles escenarios.

El primero, titulado “Megaserbia”, presentaba a una Rusia, que tras no haber podido vencer su depresión nacional, caía en la trampa de un nacionalismo imperial. Dentro del país, como fuerzas motrices de este movimiento, actúan la depresión económica y la disminución del nivel de vida, el separatismo regional, “económico” y étnico; la depresión psicológica y un creciente sentimiento de enajenación de los institutos de autogobierno estatal y social, un rechazo a participar en su funcionamiento; la aparición de un líder carismático. Como fuerzas motrices externas: los fracasos en política exterior; el aumento en la tensión de las relaciones entre los Estados Unidos y China; la acción de los deudores que se niegan a cubrir sus obligaciones con la deuda externa.

Un segundo escenario, bautizado “Cuento sobre el tiempo perdido”, planteaba que Rusia, en una coyuntura económica global favorable, lograba superar el declive de su nivel de vida y la depresión económica; sin embargo, dejándose engañar por falsas prioridades, dejaba escapar la posibilidad estratégica de regresar a las “Grandes Ligas”.

Aquí las fuerzas motrices deben ser: un poder federal dispuesto a actuar, apoyado en una élite administrativa pro estatal, en posesión de una retórica imperial y poseedora de un pragmatismo administrativo; ansias generalizadas de una mano fuerte, y fe en la responsabilidad del Estado por la regulación de la economía; que se conserven los precios de petróleo relativamente altos hasta el 2003; un sostenido crecimiento de la economía de India y China que permita incrementar sustancialmente la exportación de la industria rusa.

Y por último, un tercer escenario, que nos dice cómo, al comprender la fragilidad de su contrato social, Rusia podría dar con una respuesta adecuada a los retos que enfrenta, poniendo a la cabeza la transformación del poder.

En este caso, las fuerzas motrices serían la capacidad y la “costumbre”, que una parte considerable de las personas adquirió en los años noventa, de “construir su vida por su cuenta”, costumbre que se transformaría en un compor-

tamiento socialmente activo; la entrada de ejecutivos postsoviéticos al servicio estatal y su aportación a la reforma de Rusia; eliminar la limitación al crecimiento de la productividad y aumentar la capacidad de “aprender más rápido que la competencia”; un crecimiento de la economía mundial no sostenido, y un cambio en la percepción de “Occidente” y la “diáspora” rusa.

En el documento “2015”, se señalaban como clave las siguientes cuestiones: ¿cuáles serían las relaciones entre los Estados nacionales más influyentes, y sus bloques? ¿Aumentará o disminuirá la diferencia entre los niveles de vida y los estándares de los ciudadanos de los Estados más desarrollados? ¿En cuáles campos de la economía mundial se generará el mayor valor agregado? ¿Cuáles ideas sociales y conceptos sustituirán los “ismos” del siglo xx? ¿Cuál será la configuración del poder después de que Yeltsin deje de ser presidente? ¿Seguirá cayendo el nivel de vida o se detendrá esta tendencia? ¿Se conservarán sin cambio o serán eliminadas —y de ser así en qué grado— las barreras que limitan el crecimiento de la productividad en los diferentes campos de la economía rusa? ¿Se podrá —y de ser así, en qué plazos— sacar de la sombra el “off shore” popular y deshacerse de la economía virtual?

De todos modos, como peligros claves y de largo plazo quedan la insistencia de las ambiciones imperiales, la transformación de las tradiciones eslavófilas, primero en imperiales y luego en nacionalismo ruso, como resultado de la incapacidad del país para superar su depresión nacional; la persecución de falsos objetivos, la dilapidación de los recursos limitados, usados para conservar al Estado paternalista, en lugar de reformar el poder y acelerar la evolución de valores en la sociedad; la pérdida de tiempo y energía en la lucha por lo “prioritario” y lo “plenipotenciario”, en lugar de concentrarse en “aprender más rápido que la competencia”.

Como vemos, la elaboración de tales escenarios presupone, como mínimo, el conocimiento de todo lo mencionado antes. Para esto, para que el cuento se convierta en realidad, es indispensable considerar estas tendencias de largo aliento, de *longue durée* de la historia rusa, aparte de poseer un dominio excelente de la situación actual y otras muchas cosas.

Pero no menos importante, y al mismo tiempo lo más complejo, es responder a la pregunta que se les hizo a los participantes de la conferencia del 7 de

noviembre de 1999: ¿Cuál de estos escenarios es el más probable actualmente? Quizá, lo más importante de señalar, en lo que coincido con los participantes de aquella conferencia, es que estos “cuentos sobre el futuro” pueden ser para la Rusia de comienzos del siglo próximo, el factor que nos permita abandonar la eterna pregunta “¿ocurrirá esto o no?”, que con frecuencia se dirige al vacío y que en sí misma paraliza cualquier acción posible, en favor de una pregunta formulada a nosotros mismos: ¿y qué haré yo si esto ocurre?, o ¿qué deberé hacer yo hoy para que esto no ocurra?

De todos modos, desde mi punto de vista, hoy día lo más posible es la línea que pasa entre el escenario “malo” y el “más malo”, entre la “Megaserbia” y el “Cuento del tiempo perdido”.

Y a la pregunta de si podemos mover esta línea hacia el mejor escenario, puedo responder positivamente sólo en caso de que aquello que me disponga a hacer yo coincida con aquello que nos dispongamos a hacer todos. 